

Una vez más la Junta de Extremadura reitera su voluntad y apuesta por la sensibilización, la protección y el uso respetuoso de la naturaleza.

Las generaciones futuras, nuestros hijos y nietos, quieren leer y escuchar la voz de la naturaleza y del entendimiento de los seres humanos con ella. Para contribuir a satisfacer ese deseo y para conseguir una naturaleza accesible a todas las personas hemos querido que todos podamos soñar, cantar, leer, oír e imaginar en nuestras voces y en las de aquellas que nos aman; sólo así conseguiremos un mundo solidario en el que “lo importante es llegar todos juntos”.

Para acercar la naturaleza y sensibilizar a los más jóvenes la Consejería de Agricultura y Medio Ambiente ha realizado la edición de los cuentos ganadores en el IX Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura “El Medio Ambiente cuenta”.



JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente



Oihane Rodríguez de Larrínaga

Oihane Rodríguez de Larrínaga

Nació en Bilbao en julio de 1979. Actualmente vive en un pequeño barrio del pueblo de Fruniz, también en Bizkaia.

Estudió Educación Social en la Universidad Pública de Magisterio y ha trabajado en A.P.N.A.B.I., una Asociación de personas Autistas, durante dos años.

En 2005, se licencia en Psicopedagogía y se instruye en el ámbito de la Educación y el Medio Ambiente, con el propósito de dedicarse profesionalmente a ello.

Le ha gustado escribir desde pequeña, aunque ésta ha sido la primera ocasión en que se ha atrevido con un cuento infantil porque le parece que la literatura es un buen medio para educar.

Los amigos de Flom

Oihane Rodríguez de Larrínaga

Ilustraciones:

Pura Martínez Llarena

Oihane Rodríguez Larrínaga

**Los amigos
de Flom**

JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente

© De esta edición:

JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente

© Oihane Rodríguez Larrínaga

© Ilustraciones: Pura Martínez Llarena

Depósito Legal:
BA-175 / Abril 2006

Publicaciones de la
Secretaría General
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente
Avenida de Portugal s/n.- 06800 MÉRIDA
<http://www.juntaex.es>

NOTICIAS EN EL MANANTIAL

Verdecillo había bajado como todas las mañanas a lavarse al manantial. Era todavía muy pronto y el sol no había salido aún. Allí, en el manantial, solía encontrarse con dos mirlos que escogían también esta hora para lavarse. A veces los mirlos se burlaban cariñosamente de él, y le decían:

– Verdecillo, ¿por qué te lavas todas las mañanas?, ¿es que quieres cambiar de color?.

Y es que Verdecillo no era como los demás duendes. Verdecillo era un duende que tenía la cara, las manos y los pies verdes. Sus padres, que eran los que mejor le conocían, decían que era porque a Verdecillo, siempre desde pequeño, le había gustado pasar horas y horas en las ramas más altas de los árboles. Allí se sentaba y tomaba el sol junto a las hojas. Así, a Verdecillo se le había pegado el color de las hojas de los árboles. Ese color que las hojas sólo adquieren con el sol. Y por eso Verdecillo sólo era verde en las zonas donde siempre le daba el sol.

Pero a Verdecillo no le importaba que los mirlos se burlasen de él porque estaba muy contento de ser verde. Y riendo les contestaba:

– Ya sabéis que me gusta ser verde. Es una gran ventaja porque así me escondo mejor en los bosques.



Normalmente los mirlos y Verdecillo no hablaban más, y enseguida los mirlos se ponían a cantar a dúo, como demostrando lo contentos que estaban. A Verdecillo le gustaba mucho oírles cantar, y se tumbaba un rato entre la hierba, viendo salir el sol.

Y es que como todos los duendes del bosque, Verdecillo pasaba los días descansando, recolectando frutos o hablando con los animales y las plantas. Porque estos duendes entienden y hablan todos los idiomas del bosque.

Verdecillo vivía en uno de los alcornoques más viejos del bosque. Este alcornoque se llamaba Flom. Desde muy pequeño era el árbol que más le gustaba a Verdecillo, pero en él ya estaba viviendo un duende llamado Ain. Ain era muy, muy anciano y tenía muy mal humor, pero Verdecillo se las ingenió para hacerse su amigo. Así, finalmente, Ain aceptó que Verdecillo viviera con él. Desde los primeros días se llevaron muy bien a pesar de que uno tenía muy mal humor y el otro estaba siempre contento. Y a Flom le gustaba vivir con los dos duendes ya que por las noches pasaban horas y horas hablando.

Así, esa mañana, como todas las demás, Verdecillo estaba pasando el rato escuchando cantar a los mirlos. Cuando el sol salió del todo Verdecillo se levantó porque quería recoger algunos frutos y hierbas antes de que el sol calentara demasiado. Justo cuando se disponía a marchar los mirlos dejaron de cantar y le dijeron:

– ¡Verdecillo!, ¡que despiste, casi se nos olvida decirte una cosa muy importante!.

– ¿Qué pasa? –les pregunto Verdecillo preocupado–.

– Ayer estuvimos con Saro, el jilguero que vive en el lindero del bosque. Nos dijo que había estado en el jardín de los humanos, que deben de tener unas cerezas buenísimas... Bueno, el caso es que Saro ha oído al hombre grande cómo le decía a un vecino que pensaba cortar el gran alcornoque, ¡a Flom!, porque dice que está al lado del camino, que ya es muy viejo y ¡que molesta!.

– ¿No me estáis tomando el pelo? –dijo Verdecillo alarmado–.

– No. Saro nos lo dijo ayer a nosotros porque sabe que estamos contigo todas las mañanas. Nos dijo que el hombre grande no dijo nada más, ni cuando pensaba cortarlo, ni nada. Lo sentimos mucho Verdecillo.

Los mirlos esperaron mientras Verdecillo daba vueltas pensando. Por fin dijo:

– No os preocupéis, vamos a solucionar esto. ¿Podéis buscar a Saro y decirle que intente enterarse de algo más?.

– ¡Claro que sí! –contestaron los mirlos– ahora mismo vamos.

– Gracias –dijo Verdecillo– y de paso decir a todos los que os encontréis que esta noche hay reunión junto a Flom, ¿vale?.

– ¡De acuerdo!.

Así, los mirlos salieron volando para buscar a Saro, y Verdecillo salió corriendo hacia su casa.



LA REUNIÓN

Verdecillo no paró hasta llegar al alcornoque. Lo primero que hizo fue contarle a Flom lo que sucedía tal y como se lo habían contado los mirlos:

– Pero no te preocupes, Flom –terminó diciendo– esta noche haremos una reunión aquí, y entre todos seguro que se nos ocurre algo para impedir la torpeza de estos humanos...

Flom, que al oír la noticia había dejado caer ligeramente sus ramas, enseguida se irguió de nuevo y dijo:

– Verdecillo, todos los árboles sabemos que “ahora” esto puede ocurrir. Yo he tenido mucha suerte de vivir casi cuatrocientos años. He visto y oído miles de historias. He vivido en armonía con todos los seres durante todos estos años. No he hecho daño a nadie y he ayudado a todo el que he podido. Y nadie nunca me ha hecho daño. Ni cuando los humanos me quitaban mi corteza para hacer su corcho. También he vivido con ellos en armonía... –y con tono triste siguió hablando– Pero desde hace algunos años los humanos..., parece que han cambiado... Es como si ya no se sintieran parte de nosotros... No sé si podremos hacer algo.

Verdecillo había escuchado atentamente las palabras de Flom. Sabía a lo que se refería, pero aún así le dijo:

– Estoy de acuerdo contigo, Flom, pero creo que por lo menos debemos intentarlo. Seguro que encontraremos alguna solución.

Verdecillo esperó pacientemente la respuesta de Flom.

– Está bien –dijo al fin alzando aún más sus ramas– ve a avisar a todos. Yo mandaré la noticia a través de mis raíces.

– ¿Y Ain? –dijo Verdecillo– ¿Sigue durmiendo?, ¿le despierto?.

–Mejor que no –contestó Flom– sabes de qué mal humor se pone cuando le despiertan. Estaré atento y en cuanto se despierte les contaré la noticia a todos a la vez.

– ¿A todos? –Verdecillo no entendía a quienes se refería Flom.

– ¡Claro!, habrá que decírselo a las hormigas, lagartijas, gusanos, a la pareja de ratones, a la pareja de arrendajos..., bueno, ¡a todos los que viven conmigo!, ¿no?.

– ¡Nosotros ya lo hemos oído! –se oyó que decían los arrendajos en lo alto de las ramas de Flom– y hemos decidido ir con Verdecillo. Avisaremos a los pájaros.

– ¡Gracias! –dijo Verdecillo.

Y así, la noticia llegó rápidamente a todos los rincones del bosque, y en cuanto anocheció todos los animales comenzaron a aparecer junto a Flom. Llegó Ría, la cierva, que representaba a todos los cérvidos. Mia, la culebra, y Jap, el lagarto, representando los reptiles. También llegaron Rua y Risk, la abeja y el moscardón, que representaban a los insectos. Y llegó Flop, el ratón, representando a los roedores. En representación de todos los animales del río llegaron Sina, la nutria, y Prona, la libélula. También llegaron Vern y Misk, el milano y el carbonero, representando a todas las aves. Aparecieron Mue y Dolf, la vaca y el caballo, en representación del ganado y los animales domésticos. Y llegó Rusk, el zorro, en representación de los mamíferos carnívoros. Y como no también se presentaron los duendes, las hadas y demás seres que habitan en el bosque. Por último, también estaban los mirlos y Saro, el jilguero, y todos los animales que vivían con Flom o muy cerca de él.



Cuando ya estaban todos acomodados Verdecillo comenzó a hablar:

– Muchas gracias a todos por venir –dijo– me imagino que ya sabréis lo que sucede... –y tras vacilar un momento preguntó a los mirlos y a Saro– ¿Os habéis enterado de algo más?.

Los mirlos y Saro asintieron.

– Sí –Saro comenzó a hablar– esta mañana hemos hablado con todos los pájaros que van a los jardines del pueblo. Les hemos dicho que estuvieran atentos de las conversaciones de los humanos. Parecía que no íbamos a enterarnos de nada, pero al fin esta tarde un carbonero ha oído al hombre grande decirle a su mujer que el domingo cortará el alcornoque...

En ese momento un murmullo y una agitación nerviosa comenzó a extenderse entre todos los animales, los seres del bosque y las plantas reunidos...

– ¡Un poco de silencio! –dijo Verdecillo– ¿Alguien sabe que día es hoy?.

Y es que los habitantes del bosque no tienen calendario, no cuentan los días de la semana ni los meses. Sólo se guían por las estaciones, por el tiempo, por la noche y el día... Por fin, tras un largo silencio una de las hadas más jóvenes se atrevió a hablar:

– Yo no estoy segura, pero creo que hoy han pasado tres noches desde que los humanos vinieron con sus cestas a pasar el día...

– ¡Sí! –añadió Ría, la cierva– hace tres días que estuvieron los humanos andando por aquí. Y eso lo suelen hacer el domingo..., o sea que ¡hoy es miércoles!, y ¡quedan tres días para que llegue el domingo!.

De nuevo se extendió un murmullo. Verdecillo volvió a intervenir:

– Bien –dijo– eso significa que tenemos tres días para hacer algo, pero ¿qué?.

Entonces Sina, la nutria, comenzó a hablar un poco desilusionada:

– Prona, la libélula, y yo hemos recorrido el río hablando con todos. A nadie se le ha ocurrido nada...

Luego hablaron Vern y Misk, el milano y el carbonero. Vern dijo que había volado muy alto para hablar con los buitres, las águilas y ratoneros. Misk dijo que había recorrido todos los árboles hablando con las demás aves. Ninguno de los dos traía ideas.

Y así fueron hablando todos, incluso las hadas y los duendes. Y a nadie se le había ocurrido nada. Aún así, Verdecillo no perdió la esperanza y dijo a Flom:

– Ahora os toca a vosotras, las plantas. ¿Habéis pensado algo?.

Flom se quedó callado.

– ¡Vamos! –dijo Mue, la vaca– vosotros los árboles sois los que más tiempo vivís y los que tenéis más experiencias... Seguro que sabéis qué podemos hacer.

Pero de nuevo se hizo el silencio, hasta que de repente una pequeña brizna de hierba comenzó a hablar tímidamente:

– Sí que hay una posibilidad. Todas las plantas lo sabemos porque hemos transmitido la conversación entre Flom y Mon, el viejo castaño que vive junto al manantial... Pero es una opción muy arriesgada, por eso Flom no quiere decíroslo. No quiere ponerlos en peligro... Pero yo creo que Flom se merece que se haga algo por él... –la hierba dudó un segundo y dijo por fin– Mon, el castaño, cree que la vieja Jáncana es la única que puede ayudarnos...

– ¿La Jáncana?, ¿y quién es esa? –preguntó rápidamente Flop, el ratón–.

– La Jáncana –explicó uno de los duendes mayores– es un ser que vive en las cuevas de las Hurdes. A unos cuantos días de aquí andando... Yo he oído que no es muy amable...

– ¿Y dices que está a unos cuantos días? –preguntó Verdecillo, y luego con tono decisivo siguió– ¡No importa!, yo iré a buscarla, intentaré encontrarla y hablar con ella.

– Yo iré contigo –dijo tajantemente Ain.

Verdecillo se quedó un momento pensando y luego le dijo:

– Ain, creo que es mejor que te quedes, así estarás con Flom... Además puede que no llegue a tiempo, y si es así deberéis hacer algo... ¿Tu no lo crees así Flom?.

Flom asintió enérgicamente.

– Está bien –contestó Ain suspirando– si os parece lo mejor me quedaré.

Entonces Mia, la culebra, se adelantó para decir:

– Yo iré contigo, Verdecillo, te acompaño a buscar a la Jáncana, mejor dos que uno...

– ¡Bien! –le dijo Verdecillo. Luego preguntó– ¿Vendría alguien más?.

Todos se quedaron callados. La mayoría de ellos tenían crías, el verano acababa de comenzar y todavía tenían que cuidar de ellas... Al fin se oyó una voz entre los duendes:

– Yo también iré –era Rus, una joven duende muy amiga de Verdecillo.

– ¡Gracias Rus!. Entonces saldremos ya mismo...

– ¡Un momento! –dijo Dolf, el caballo– iré con vosotros, os llevaré y estoy seguro de que llegaremos a tiempo.

– ¡Muchísimas gracias Dolf! –le dijo Verdecillo– entonces podemos salir mañana al amanecer, ¿os parece bien?, así esta noche descansaremos.

Mia y Rus asintieron, y Dolf añadió:

– Nos vemos en el manantial, junto a Mon el castaño. Quizás él sepa decirnos cuál es el mejor camino.

– Yo iré a despediros –les dijo Rua, la abeja– y así os daré algo de miel para el camino.

– ¡Vale!. Entonces nos vemos allí mañana. ¡Y muchas gracias a todos y a todas! –terminó diciendo Verdecillo.

Así todos se fueron a descansar, contentos porque había alguna esperanza para Flom, pero algo nerviosos porque el viaje para Dolf, Verdecillo, Rus y Mia no iba a ser fácil.

EL VIAJE HACIA LAS HURDES

A la mañana siguiente todos estaban puntuales junto a Mon, el castaño. Rua, la abeja, les dio la miel que les había prometido y Mon les indicó cuál era el camino más fácil. Tras las explicaciones Rus le preguntó:

– ¿Y cómo reconoceremos a la Jáncana?.

– Bueno... –Mon hablaba muy despacio y pensando mucho– creo que la Jáncana tiene el aspecto de una viejecilla..., aunque puede cambiar de forma. Puede convertirse en una joven o incluso en una gran serpiente... Pero su aspecto normal es el de una vieja bastante fea, con los pelos despeinados, muy arrugada y vestida con trapos... Creo además que sólo tiene un ojo.



– ¿Sólo tiene un ojo? –preguntó Mia asombrada.

– Sí, –contestó Mon– tiene un solo ojo en medio de la frente. Y creo que vive en las cuevas de las montañas de las Hurdes Altas... Pero bueno, cuando volváis me lo podréis contar mejor vosotros...

– ¡Muchas gracias! –dijeron todos a la vez– y ¡hasta pronto!

Mia se subió al brazo de Verdecillo y éste y Rus se subieron a Dolf, que comenzó a trotar en dirección a los Montes de Tras la Sierra. Cuando todavía el sol no había llegado a lo más alto ya podían ver la sierra. Desde aquí el camino era desconocido para ellos.

Sabían que podían atravesar la sierra de dos formas. Podían pasar cerca de los pueblos, lo cual era más fácil y rápido pero se arriesgaban a que les pudiera ver alguien. O podían atravesarla por los bosques y campos deshabitados, pero de esta forma el camino era más largo y difícil para Dolf. Tras valorar las dos opciones decidieron arriesgarse y pasar cerca de los pueblos. Dolf se puso en marcha, y sin prisa pero sin pausa comenzó a subir las montañas. Sabían que el camino por el que iban estaba ocupado por humanos, podían oler a las personas y su ganado, pero Dolf iba eligiendo los caminos más escondidos y menos usados, dando algunos rodeos inevitables.

Parecía que todo iba bien, casi estaban en lo más alto y ya podían ver el gran valle al otro lado. Sólo quedaba bajar. Dolf paró un momento para apreciar las vistas y fue entonces cuando oyeron un motor de coche muy cerca.

– ¡Rápido Dolf!, ¡escóndete! –dijo Verdecillo.

Dolf miró a su alrededor, pero ahí arriba ya casi no había árboles ni plantas, lo único que se le ocurrió fue correr hacia una manada de vacas que pacían cerca de ellos. Extrañamente, las vacas no corrieron asustadas al ver a Dolf, y rápidamente éste se camufló entre ellas. Verdecillo y Rus bajaron de un salto y se escondieron entre la hierba y las patas de Dolf.

El coche ya estaba cerca de ellos. Dolf bajó la cabeza hacia la hierba,

pero estaba tan nervioso que no podía ni comer para disimular. El coche paró y bajaron de él una mujer y un hombre. Se quedaron mirando a Dolf desde el camino.

– ¿Habías visto antes a ese caballo? –preguntó la mujer–.

– Nunca –dijo el hombre, y luego añadió– qué raro las vacas..., parece que le conocen...

– Puede que se haya escapado –pensó en alto la mujer– o puede que sea de Paco. El otro día me dijo que pensaba comprar un caballo... Pero no me dijo que lo iba a dejar pacer entre nuestras vacas...

– No sé –le dijo el hombre– lo mejor es que vayamos a preguntar en el pueblo, o a hablar con Paco...

Así, el hombre y la mujer se subieron al coche y se alejaron por el camino. Por suerte en la dirección contraria a la que se dirigían Dolf, Verdecillo, Rus y Mia.

– ¡Menos mal! –dijo Mia–.

– Sí, ¡qué suerte! –dijo Dolf– yo ya me veía en un establo desconocido... En fin, mejor será que nos vayamos cuanto antes...

– ¿Sois vosotros los que vais en busca de la Jánkana? –preguntó de repente una de las vacas–.

– Sí –contestó Rus– ¡qué rápido llegan las noticias!.

– Entonces os deseamos mucha suerte –dijo la vaca–, por cierto ¿sabéis que en el valle tenéis que cruzar una autopista?. Debéis tener cuidado, a estas horas no dejan de pasar coches...

– Gracias –le dijo Verdecillo a la vaca mientras se subía ya a Dolf– ya encontraremos la forma de cruzarla... ¡Hasta luego y gracias de nuevo!.

Dolf bebió un poco de agua en el abrevadero de las vacas y se puso en

marcha de nuevo. Bajaron hasta el valle sin ningún problema. El sol estaba ahora en lo más alto.

Pronto llegaron a la autopista. Se escondieron en unos matorrales cerca de ella y estuvieron largo rato viendo cómo pasaban los coches.

– ¡Qué ruido! –dijo Verdecillo– ¡y cuántos coches!. Me parece que va a ser imposible cruzarla.

– Creo que la única opción va a ser esperar hasta la noche –dijo Mia– seguro que en cuanto anochezca ya casi no pasan coches...

– ¡Pero perdemos medio día! –exclamó Rus–.

– Ya, pero no podemos hacer otra cosa –suspiró Verdecillo–.

Los cuatro se tumbaron impacientes en la sombra esperando que anocheciera pronto. Decidieron comer algo mientras esperaban. Sacaron algunos frutos y la miel.

Pero no habían pasado ni diez minutos cuando vieron un gran pájaro dando vueltas sobre ellos. A cada vuelta que daba estaba más cerca, y al fin se lanzó y en un segundo estaba posado junto a ellos. Era un gran milano real.

– ¡Hola!, soy Gren –dijo– Me imagino que seréis vosotros los que vais en busca de la Jánkana.

Todos saludaron y asintieron sin saber muy bien qué pasaba.

– Creo que habéis estado hace un rato con unas vacas... –siguió hablando el milano– ¡las noticias corren rápido!. Y nos hemos imaginado que esperaríais a la noche para pasar la autopista... Entonces hemos pensado que quizás os podemos ayudar... Si os parece os puedo pasar volando la autopista... Al otro lado conozco a Plas, una vieja cigüeña que podría llevaros volando hasta las Hurdes... Lo único, Dolf...

Ninguno dijo nada, y todos miraron a Dolf. Les daba mucha pena, porque era un gran compañero de viaje, y estaba muy ilusionado en conseguir

llegar hasta la Jáncana. Pero por otra parte era una gran suerte que pudiesen llegar volando... De todas formas harían lo que Dolf decidiera.

- ¡No pasa nada! -dijo al fin éste- ¡Es una gran noticia!, ganaréis mucho tiempo. Yo me quedaré aquí esperando a que regreséis. ¡Las cosas son así!...

- ¿Estás seguro? -le pregunto Verdecillo con pena-

- ¡Claro!, la cuestión es ayudar a Flom, y yo ya he hecho todo lo que he podido...

Todos, un poco tristes, pero a la vez alegres, abrazaron a Dolf.

- No te preocupes Dolf -le dijo Gren, el milano- te guiaré a un bosque en el que podrás estar tranquilo hasta que vuelvan. Yo estaré atento al regreso de Plas, la cigüeña, y cuando regresen te avisaré.

- ¡De acuerdo! -le dijo Dolf a Gren, y a los demás- ¡mucho suerte y mucho cuidado!.

Así, Gren cogió a Rus con una pata y a Verdecillo con la otra. A Mia le cogió con el pico.

- ¡Hasta ahora! -dijo Gren a Dolf sin abrir mucho el pico y alzando el vuelo-

Y en un momento habían cruzado la autopista. Gren se dejaba llevar por el viento fácilmente. Cuando vio el gran nido de Plas construido sobre una encina, giró ágilmente y manteniéndose quieto en el aire soltó a Verdecillo y a Rus sobre él. Luego se posó suavemente y dejó a Mia. Plas estaba esperándoles.

- ¡Hola! -dijo cuando Verdecillo y Rus consiguieron salir de entre las pajas del nido- ¿estáis preparados para el viaje?.

- ¡Claro! -dijeron a la vez- muchas gracias por ayudarnos, y a ti también Gren, ¡gracias!.



- No es nada -contestó el milano- inos vemos a la vuelta!, ahora voy a buscar a Dolf, es mejor que no esté mucho tiempo sólo junto a la autopista. ¡Hasta luego!.

Gren volvió a alzar el vuelo sin mucho esfuerzo y volvió a buscar a Dolf.

- Bueno -dijo la cigüeña alegremente- ¿listos?.

Y mientras lo decía bajó una de sus alas para que Rus, Verdecillo y Mia pudiesen subir a ella sin dificultad. Cuando estaban todos acomodados Plas alzó el vuelo pesada pero enérgicamente.

Volaron durante toda la tarde, lentamente pero sin parar. A veces el viento era favorable y Plas planeaba sin dificultad. Verdecillo, y Rus estaban encantados. Los bosques, los campos, las distancias eran diferentes desde ahí arriba. A Mia en cambio no le gustaba mucho, lo suyo era el ras de suelo, así que se acomodó entre las suaves plumas de Plas y no abrió los ojos durante todo el viaje.

Viajar de esta forma, además de rápido, parecía menos peligroso. Así lo pensaban Rus y Verdecillo hasta que casi chocan contra unos cables de electricidad. Plas los esquivó en el último segundo.

- ¡Estos cables! -dijo- mira que llevo años esquivándolos, ¡y todavía hay algunos que no los veo!.

Pero pronto se recuperaron del susto y siguieron disfrutando del viaje. Al atardecer ya veían a lo lejos el embalse de Gabriel y Galán. Cuando llegaron hasta él Plas buscó el lugar donde el río Alagón llegaba al embalse. Luego, planeando y batiendo suavemente las alas, siguió su curso hasta encontrarse con el río Hurdano. En este tranquilo lugar, donde el río Hurdano desemboca en el Alagón, Plas decidió aterrizar.

- Creo que este es un buen sitio para pasar la noche -dijo- mañana podemos levantarnos muy temprano y si queremos, antes de que el sol llegue a lo alto estaremos en las Hurdes Altas.

Todos estuvieron de acuerdo y enseguida buscaron un lugar tranquilo para pasar la noche. Eligieron una gran encina para resguardarse. Como todavía no había anochecido Mia fue a dar una vuelta por los alrededores, para ver si conseguía cazar algo para comer. Plas decidió hacer lo mismo y se acercó hasta la orilla del río. Rus y Verdecillo se acomodaron bajo la encina para comer tranquilamente los frutos y la miel. Mientras comían comentaban asombrados lo cerca que estaban ya de su destino.

- ¡Es increíble todo lo que hemos viajado en tan poco tiempo! -decía Rus- ¡y cuántos nos están ayudando!, ¿verdad?.

Verdecillo iba a contestarle cuando oyeron un ruido muy cerca de ellos. Era un pequeño ciervo que se acercaba tímidamente.

- Sois los que estáis buscando a la Jáncana, ¿verdad? -dijo- ¿Cómo habéis llegado tan rápido hasta aquí?, ¿no os da miedo la Jáncana?...

Verdecillo y Rus iban a contestarle cuando de nuevo se oyó otro ruido. Dos herrerillos, que tenían el nido en la encina bajo la que estaban, volaron hasta ellos. Luego llegaron algunas culebras, arrendajos, lagartos, unos cuantos vencejos, caballos, una pareja de cigüeñas con su cría, algunos zorros y... en fin, muchos más animales que vivían por los alrededores. Todos se acomodaron cerca de los duendes para poder oír la historia que les había llevado hasta allí.

Mia y Plas enseguida regresaron con el estómago lleno y aunque asombrados de tanto interés, ayudaron a Verdecillo y a Rus a relatar todo lo que había ocurrido.

En cuanto anocheció todos los animales se retiraron hacia sus guaridas, nidos, madrigueras..., porque sabían que al día siguiente el grupo tenía que madrugar. Plas se acomodó en una gran rama de la encina. Verdecillo y Rus buscaron un hueco en el tronco. Y Mia se acurrucó entre las raíces. Todos estaban muy cansados y durmieron profundamente.

A la mañana siguiente se despertaron muy temprano. Casi medio dormidos reanudaron el viaje. Plas volaba cómodamente siguiendo el río Hurdano.

Según iban avanzando notaban que comenzaban a ponerse algo nerviosos. ¿Encontrarían a la Jánkana?, ¿les ayudaría?... Todos, a la vez que admiraban el paisaje, se hacían este tipo de preguntas. Por fin Rus se acordó que la noche anterior había oído a las cigüeñas comentar algo sobre un viaje a África.

– ¿Vosotras venís todos los años de África? –preguntó a Plas–.

– Así es –contestó la cigüeña–.

– ¿Y cómo es África? –le preguntó Rus–.

Plas, contenta de comenzar una conversación, comenzó a relatar historias de África, de sus paisajes, animales, árboles, los humanos... De esta forma llegaron sin darse cuenta al punto donde se encuentran el río Hurdano y el río Malvellido.



EL ENCUENTRO CON LA JÁNCANA

Ya estaban en las Hurdes. Como no sabían muy bien hacia dónde dirigirse aterrizaron en una roca junto a los dos ríos. Quizás encontraran a quien preguntar... Acababan de aterrizar cuando Plas vio a un gran pájaro al otro lado del río Malvellido.

– ¿Sabéis qué pájaro es ese? –preguntó Plas señalando al animal– es enorme.

Todos miraron hacia el lugar al que señalaba Plas. Ninguno había visto un pájaro así antes.

– No importa –dijo Verdecillo– vamos a preguntarle si puede ayudarnos. ¡Hola! –le gritó–, ¿podrías ayudarnos?.

El pájaro les miró durante un tiempo. Parecía intrigado con los nuevos visitantes. De pronto se irguió y en unas milésimas de segundos se convirtió en una mujer. Tenía los pies enormes y de una sola zancada llegó hasta ellos. Verdecillo, Rus y Mia se escondieron asustados tras Plas, que se había quedado paralizada del miedo.

– Os estaba esperando –dijo dulcemente la mujer, y al ver lo asustados que estaban añadió– ¿no os gusta mi aspecto?, ¿preferís que vuelva a ser un pájaro?.

– No, no, no –dijo tartamudeando Mia– si nos da igual... Ha sido el cambio tan brusco...



Entonces Rus, Plas y Verdecillo comenzaron a reír por la naturalidad de Mia. No sabían quién era esa mujer, pero no parecía que les iba a hacer daño. Así Verdecillo enseguida se atrevió a preguntarle:

- ¿Eres tú la Jáncana?.

- No -dijo riendo la mujer- soy la Chancalaera. Vivo aquí, en los ríos y arroyos de las Hurdes. Vosotros debéis ser los que venís de muy lejos para hablar con la Jáncana, ¿no?. Sabía que llegaríais hoy, por los ríos corren muy rápido las noticias.

- Entonces, ¿estabas esperándonos para ayudarnos? -le preguntó Rus-.

- Así es, os puedo guiar hasta la cueva de la Jáncana. Pero si por casualidad presiento que nos vamos a encontrar con Entiznau, lo siento, pero tendré que irme...

- ¿Y quién es Entiznau? -preguntaron todos a la vez un poco temerosos-.

- Es un duende enorme que también vive por aquí. Aunque seguramente ahora estará durmiendo. Vosotros no tenéis que preocuparos por él, seguramente os ayudaría si os lo encontrarais, pero yo no me llevo muy bien con él... En fin, basta de hablar, ¡vamos!.

La Chancalaera volvió a convertirse en pájaro y despegó ágilmente. Verdecillo, Rus y Mia se subieron rápidamente sobre Plas, que voló tras la Chancalaera. Atravesaron ríos y bosques, y finalmente aterrizaron cerca de unas grandes rocas.

- Bien -dijo susurrando la Chancalaera- entre esas rocas se encuentra la cueva de la Jáncana. Estoy segura de que se encuentra dentro. El sol está ahora en lo más alto y suele echar una siesta a estas horas. Después de la siesta se da un baño en una charca de la cueva. No intentéis hablar con ella antes de su baño porque no conseguiréis nada. Se pone de muy mal humor, y es mejor

no encontrarse a la Jáncana de mal humor... En fin, yo tengo que marcharme. Para volver hacia los Montes de Tras la Sierra coged desde aquí dirección Este. Llegaréis al río Alagón, ¿de acuerdo?

Todos asintieron y le dieron las gracias a la Chancalaera, que les deseó mucha suerte y salió de nuevo volando hacia el valle.

- Bueno -dijo Verdecillo a sus compañeros- ¿y cómo podemos saber cuándo ha terminado de bañarse la Jáncana?.

Se sentaron a la sombra de una roca para pensar. De pronto Mia dijo:

- Yo puedo meterme en la cueva. Soy muy sigilosa. Estoy segura de que no me verá ni me oirá. Cuando acabe de bañarse os avisaré.

Y sin esperar la opinión de sus compañeros Mia se escabulló entre las rocas y desapareció en la oscuridad de la cueva. Todos se quedaron con la boca abierta. Ya no podían hacer nada, así que esperaron nerviosos a que su amiga volviera.

Parecía que había pasado una eternidad y cuando ya comenzaban a pensar que la Jáncana había descubierto a Mia, ésta apareció entre las rocas.

- ¡Mia! -dijeron a la vez- ¡menos mal!.

- No os preocupéis, todo ha ido bien. Ni me ha sentido -dijo muy orgullosa- Acaba de terminar de bañarse. Creo que ya podemos hablar con ella.

Los cuatro entraron temblorosos en la cueva. Estaba muy oscuro y no veían nada, así que se quedaron quietos tocándose unos a otros para no perderse. De repente se encendió una pequeña luz al fondo de la cueva.

- ¡Vamos! -se oyó una voz- ¡acercaros!, no pensaréis hablar conmigo desde allí.

Avanzaron nerviosos y pronto pudieron ver a una anciana tal y como Mon, el castaño, había descrito. La Jáncana les miraba atentamente con su único gran ojo.



– Sé qué queréis –les dijo la anciana–, pero quiero que me expliquéis vosotros el problema... No tengo mucho tiempo así que hacerlo rápido.

Verdecillo comenzó a hablar, y aunque tenía un poco de miedo resumió muy bien lo que les sucedía y cómo habían llegado hasta allí.

La Jánkana, sin dejar de mirarles, pensó durante largo rato. Al fin les preguntó:

– ¿Qué pensáis de los niños y las niñas?.

A ninguno se le ocurría nada, hasta que Rus se atrevió a hablar:

– Yo... –comenzó a decir dudando–, bueno a mí me caen bien..., porque son divertidos, y sobre todo porque disfrutan en el bosque..., como nosotros...

La Jánkana asintió. Luego les hizo otra pregunta:

– ¿Tiene hijos el hombre grande que quiere cortar a Flom?.

– Una hija –respondió Verdecillo–.

– Bien –dijo la Jánkana–, entonces podéis solucionarlo. Seguramente la hija no sabrá nada de las intenciones de su padre. Si conseguís que se entere estará todo solucionado.

– ¿Y cómo podemos hacer que se entere? –preguntó rápidamente Verdecillo.

– Hablar con las Pomporrillas, las duendes que habitan en su casa. Ellas sabrán qué hacer. Y ahora marchaos –dijo bruscamente la Jánkana–. Tenéis un largo viaje y yo muchas cosas que hacer.

Los cuatro agradecieron a la Jánkana su ayuda y salieron rápidamente de la cueva. Cuando ya estaban fuera y vieron de nuevo el sol comenzaron a saltar de alegría. ¡Todo iba bien!, ¡Flom casi estaba salvado!. Sin perder el tiempo se subieron de nuevo a Plas y volaron hacia el Este.

Cuando el sol comenzaba ya a meterse tras las montañas se encon-

traron con el río Alagón. Decidieron parar a dormir en el mismo sitio que la noche anterior, así podrían contar a todos los animales que habían conocido las nuevas noticias.

LAS POMPORRILLAS

A la mañana siguiente volvieron a madrugar. Tenían tiempo de sobra para volver, pero nunca se sabe qué es lo que puede pasar.

Esta vez Plas esquivó ágilmente todos los cables eléctricos del camino, y cuando el sol aún no había llegado a lo alto comenzaron a oír el ruido de la autopista. Poco tiempo después vieron un pájaro que volaba en círculos sobre ellos. Era Gren, el milano real. Rápidamente se puso a la altura de Plas.

– ¡Cómo me alegro de veros! –dijo–, todo bien, ¿verdad?. Bueno, –siguió hablando– ahora os cogeré con cuidado y os llevaré hasta Dolf. ¡Y tú ya puedes descansar vieja amiga! –le dijo a Plas–.

Antes de despedirse Verdecillo y Rus le dijeron a Plas que habían estado pensando ¡que les gustaría conocer África!. A Plas le gustó la idea y les prometió que iría a buscarles cuando llegara el momento de emigrar de nuevo. Luego todos se despidieron cariñosamente.

Gren con ágiles maniobras en el aire cogió suavemente a Mia con su pico y luego a Rus y Verdecillo con sus patas. Ahora el sol había llegado a lo alto y casi sin darse cuenta ya estaban junto a Dolf.

– ¡Doooolf! –gritaron Verdecillo, Mia y Rus mientras corrían alegres hasta el caballo–.

Dolf relinchaba también de alegría. Tras los alegres saludos los tres se subieron al caballo y se despidieron de Gren agradeciéndole muchísimo su ayuda. Gren, que se había hecho muy amigo de Dolf durante ese tiempo, prometió que iría a visitarles.

Ahora el camino de vuelta fue más fácil, ya que Gren había explicado a Dolf con todo detalle cuáles eran los caminos más rápidos y con menos peligro.

Estaba anocheciendo cuando llegaron. Nunca antes se había armado un revuelo mayor en el bosque. Todos, animales, plantas y seres les estaban esperando. Todos saltaban mostrando su alegría, los pájaros no dejaban de volar y cantar, y las plantas bailaban sobre sus raíces. Por fin consiguieron llegar hasta Ain y Flom, y los saludos y los saltos de alegría se volvieron a repetir. Ya era de noche cuando todos se fueron tranquilizando. Entonces Flom se dirigió tranquilamente a ellos:

- Muchas gracias por todo -les dijo profundamente-.

- No es nada -dijo Verdecillo-, además todavía no está todo solucionado. Debemos hablar con las Pomporrillas. Podemos ir a hablar con ellas Rus y yo. Nos escabulliremos fácilmente en la oscuridad.

Así, Verdecillo y Rus se acercaron hasta el pueblo y llegaron hasta la casa del hombre grande. Sin hacer ruido subieron hasta el desván. Como pensaban, allí encontraron a dos Pomporrillas que al principio se asustaron mucho al verles. Verdecillo y Rus enseguida les tranquilizaron y les contaron toda la historia.

- Algo habíamos oído -dijeron- pero, ¿qué tenemos que ver nosotras con todo esto?.

Verdecillo les contó lo que les había dicho la Jáncana y sin pensarlo dos veces las Pomporrillas dijeron:

- ¿Y sólo tenemos que hacer eso?. ¡Es fácil!. Ahora Laura, la hija del hombre grande, está durmiendo. Nosotras podemos ir tranquilamente a su

habitación y entrar en sus sueños. Le contaremos lo que quiere hacer su padre. ¡No os preocupéis!.

Rus y Verdecillo se despidieron de las Pomporrillas agradecidos. Regresaron donde Flom... Ya sólo quedaba esperar al día siguiente.



LOS ÁRBOLES

Al día siguiente Laura se despertó tarde. Era domingo así que no tenía que ir al colegio. Bajó a desayunar. En la cocina ya estaban sus padres. Laura les dio los buenos días y se sentó en la mesa para desayunar, todavía medio dormida. Al de poco tiempo se dirigió a su padre:

– Papá, ¿es verdad que tienes pensado cortar el alcornoque del bosque?.

– Sí –contestó el padre sorprendido por la pregunta de su hija–, ¿cómo lo sabes?.

Laura se encogió de hombros y se quedó pensando mientras untaba las galletas.

– ¿Y por qué lo quieres cortar? –preguntó de nuevo a su padre.

– Bueno..., es muy grande y molesta en el camino...

– ¿Y molesta tanto como para cortarlo?.

Ante esa pregunta fue el padre quien se encogió de hombros.

– ¿Te acuerdas cuando me hablaste de los árboles? –Laura siguió hablando mientras el padre negaba con la cabeza–, fue un día que subimos

dando un paseo hasta el manantial. Allí me enseñaste un castaño que tiene más de 700 años..., ¿no te acuerdas?, estuvimos imaginándonos todo lo que habría vivido ese árbol... Y luego estuvimos hablando de los árboles, pero no me acuerdo muy bien de qué hablamos...

– Sí, ¡ahora sí que me acuerdo! –dijo el padre–, hablamos de todas las cosas buenas que hacen los árboles..., de cómo sus raíces sujetan la tierra, de cómo oxigenan el aire, de todos los animales que pueden vivir en ellos, y comer de ellos...

– ¡Es verdad! –se acordó también Laura– de las hojas que nutren la tierra, del corcho, de su madera...

– Ya me acuerdo... –terminó diciendo el padre.

Luego los dos se quedaron un buen rato callados.

– ¿Y ese viejo alcornoque molesta tanto como para cortarlo? –volvió a preguntar Laura.

– Tienes razón, Laura –dijo el padre tras unos segundos– el alcornoque no molesta tanto.



TÍTULOS PUBLICADOS

I Certamen 1996

Primer Premio:

Antonio Gómez Hueso
*"Negrocarbón y las siete
gigantas"*

Segundo Premio:

María José Guillén Rubio
"Avatar"

Tercer Premio:

Ramón Garrido García
*"El árbol que sólo tenía una
hoja"*

Mención Especial:

Andrés Carballo Expósito
"La odisea de las hormigas"

II Certamen 1997

Primer Premio:

Andrés Carballo Expósito
"La hija del águila"

Segundo Premio:

José Antonio Palomo Mola-
no
"Un tesoro en la Red"

Tercer Premio:

Ignacio del Dedo Rodrí-
guez
"Un arca de palabras"

III Certamen 1998

Primer Premio:

Paloma Orozco Amorós
"Historias de otra tierra"

Segundo Premio:

Mónica de Castro Pardo
"...Sólo estrellas"

Tercer Premio:

Nieves Fernández Rodrí-
guez
*"Aladina y la botella maravillo-
sa"*

IV Certamen 2000

Primer Premio:

Juan Carlos Zambrano
Boza
*"A Ignacio ya no le dan miedo
los bichos"*

Segundo Premio:

Ana Galisteo Pérez
"El viaje de los animales"

V Certamen 2001

Primer Premio:

M^{ra} Pilar López Ávila
*"La leyenda del pájaro de
ceniza"*

Segundo Premio:

Juan Ángel Parejo Sosa
*"El bosque que nos enseñó a
cantar"*

VI Certamen 2002

Desierto

VII Certamen 2003

Primer Premio:

Juan Carlos Zambrano
Boza
"Un Árbol, en singular"

VIII Certamen 2004

Primer Premio:

Juan Carlos Zambrano
Boza
*"El día en que todo desapare-
ció"*

Segundo Premio:

Manuel Calderón Carrasco
"El Jefazo de Monfragüe"